

su último libro. Sin embargo, aún queda un Goytisoló prohibido y trasterrado, el Goytisoló absolutamente fundamental de *Señas de Identidad* y de *Reivindicación del conde don Julián*. La imaginación crítica de un intelectual siempre es un reto dirigido a la razón de sus oponentes. Y cuando, finalmente, se impone la imaginación, la libertad es su primer beneficiario. Ojalá no tengan que esperar los problemáticos españoles del año dos mil toda una centuria para conocer en su integridad a Juan Goytisoló, al igual que los españoles de hoy hemos tardado más de un siglo en leer a Blanco White. Valga una reivindicación por otra, aunque sólo sea en nombre de aquello que los antiguos llamaban libre albedrío. ■ ROBERTO MESA.

Un escritor secreto e informal

José María Carandell era hasta ahora conocido como uno de los primeros introductores de Brecht en España, como el primer tratadista nacional sobre las comunas europeas, como uno de los mejores especialistas nativos en literatura infantil, coreponsable con Rosa Regás y Esther Tusquells de la Colección Mobby Dick. Además, firma críticas literarias en «TeleXprés» y unas extrañas historias informales que los lectores del citado diario dudaban en atribuir a un buzo soñador, asomado sin demasiada convicción al puerto barcelonés y anochecido, o a uno de esos noctámbulos cosecheros de faros apagados que descendían hacia el puerto no se sabe si para solicitar la plaza de buzo o para suicidarse. Carandell publicó hace algunos meses, en Editorial Lumen, una selección de sus mejores «Historias Informales». Aprovecho ahora la ocasión para mencionar un libro injustamente sepultado bajo la tonelada métrica de novedades que los editores han de-



José María Carandell.

positado sobre mi angustiada mesa de lector en el transcurso del año literario presente.

Aprovecho la ocasión porque José María Carandell acaba de publicar una *Guía Secreta de Barcelona* en una colección secreta de Guadiana de Publicaciones. En el transcurso de una entrevista, Carandell clarificó suficientemente los propósitos de su guía: «Cervantes califica a Barcelona como "archivo de la cortesía"; es cierto, pero también apunta otra nota de identificación. Comenta con Sancho que Barcelona está próxima porque empiezan a abundar los bandidos ahorcados ejemplarmente al borde de los caminos». Con su guía secreta, Carandell (José María) ha querido enseñarnos a ver «otra ciudad», un tanto invisibilizada por la Barcelona de Ferias y Congresos: la ciudad de los ahorcados, de los barrios sumergidos en el pasado, de las putas y los restaurantes baratos. Mediante un método de indagación y recuerdo, de memoria y deseo, el autor escoge arbitrariamente el itinerario arbitrario por una ciudad arbitraria. Ha escrito una guía posible entre otras cien guías posibles, hecha a la medida de su mixtura de buzo, noctámbulo y plácido suicida.

Bajo el signo de la informalidad, esa otra Barcelona secreta enseña sus viejas y maltratadas carnes, sus ocultos y maltratados cerebros marginales: desde el filósofo de los alcohólicos anónimos, hasta el filósofo de los alcohólicos exhibicionistas. A través de la guía de Carandell es posible pactar con la posibilidad

de que un día encontremos a Nietzsche comprándose un filete de toro en el mercado de la Boquería o a La Moñosa caminando por el imperio hacia Dios. Para disimular su reprochable acto de terrorismo cultural, Carandell completa el libro con el teléfono del médico de urgencia y hasta es posible que adjunte la lista de las logias masónicas de urgencia. No lo recuerdo.

No sé si he hecho esta recensión a la medida del libro. En cualquier caso... lo he intentado. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN. Foto: TONI VIDAL.

El regreso de Sender y el mentís de Valle-Inclán

Estos días, al publicarse la noticia del regreso de Sender, me llega un ejemplar de «Norte», revista hispánica de Amsterdam, de la que es redactor-jefe (con Mia Moxman) otro aragonés, Francisco Carrasquer, autor además de una tesis sobre la obra senderiana, «Imán y la novela histórica de Sender», reeditada en Londres en 1970. Este número monográfico (marzo-agosto de 1973), con algún inédito del escritor y trabajos de Víctor Fuentes, Julián Palley y el propio Carrasquer, viene a concitar con la noticia del regreso para ponerme definitivamente en ganas de reproducir ciertas opiniones muy valiosas de Jaime del Valle-Inclán a propósito de Sender y de su padre.

Como es sabido, Sender escribió un «Valle-Inclán, o la imposibili-

dad de la tragedia», que fue una de las primeras cosas suyas, si no la primera, de las editadas en la España de la posguerra. Aparte de la controversia que el estudio en sí pueda despertar, se aportan opiniones interesantes y algunos hechos desconocidos que el novelista ofrece como primicia. En las páginas 145 a la 149, las finales del libro, cuenta una aventura amorosa de don Ramón con una joven y bella napolitana en los últimos meses romanos; la seducción, el asalto, el rechazo, la huida y la persecución por toda Italia. Para Sender, ésta fue la primera derrota de Bradomín y la señal de que todo acababa, también la vida. La historia me pareció verosímil, y yo la recogí en mi libro, interpretándola como una postrera pasión estética —sin idealizarla, desde luego— propiciada por el medio densamente artístico de los jardines, palacios, iglesias y ruinas de Roma.

Hace unas semanas, Jaime del Valle-Inclán me invitó a su casa barcelonesa, en las laderas del «Puchet», para hablar de miles de cosas, y entre ellas, de la obra de don Ramón. Casi de sopetón exclama:

—Hormigón: ¿cree usted demasiado en lo que cuentan los libros?

—No siempre —le respondo—; depende de qué libros.

Jaime del Valle-Inclán sorprendente parecido con su padre, la misma forma de cruzar las piernas, el bastón entre las manos, un perfil idéntico al de don Ramón, sonrío ahora.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto de nuevo.

—Usted se ha creído la historia que cuenta Sender de mi padre, lo de Roma.

—¿Y no es cierta?...

—¡Claro que no! Es una invención literaria suya y quizá de alguien más. Miré usted, yo estuve todo ese tiempo en Roma y no vi nada de aquello. Pero había además muchas otras personas, ¡y con qué lenguas! ¡Como para callarse durante tanto tiempo una historia así! El primer año de dirección de mi padre fueron

pensionistas Victorio Macho y Alberto; bueno, éstos estuvieron antes, no entran en este caso. Los que cuentan son Rodríguez Luna, Souto, Condoy, que lo fueron en mil novecientos treinta y cuatro. También estuvieron bastante tiempo en Roma Rafael Alberti y María Teresa León.

—Yo he visto —le interrumpo— una foto de don Ramón con ellos dos, se publicó en «Nueva Cultura», en enero de mil novecientos treinta y seis.

—Efectivamente. Ellos regresaban de Moscú, del primer Congreso de Escritores, y se quedaron en Roma al llegar noticias de la revolución de Asturias en el otoño de mil novecientos treinta y cuatro. Ninguno de los dos ha dicho nada, ni tampoco Hidalgo de Cisneros, que también estubo allí.

—Puede decirse entonces que Sender lo ha inventado todo.

—Creo que sí. Pero, sobre todo, debe decirse que es muy extraño que habiendo tanta gente a su alrededor en aquellos momentos, nadie haya contado nada, ni entonces ni después.

Jaime del Valle-Inclán me relata con formidable gracejo una serie de lances de don Ramón en la capital de Italia. Son anécdotas que reflejan, por decirlo brevemente, su republicanismo o antiborbismo de aquellos años. Algún día habrá que hablar de ellos con toda la amplitud que merecen.

Volviendo a Sender, Pepe Sender, como lo llamaban en Huesca cuando era periodista en «La Tierra», el Ramón vino después. No puedo dejar de pensar que al fabulador Sender bien pudo ocurrírsele esta aventura amorosa que cuadraba y redondeaba magníficamente una posible biografía literaria de don Ramón Bradomín.

En la presentación al número monográfico de la revista «Norte», dice Carrasquer algo muy justo sobre lo aragonés del escritor: «Como la imaginación de Sender es tan traviesa y desconcertante, hay algu-

nos que se molestan porque de pronto suelte el escritor una broma o deje escapar un duedo de magia y poesía. Es también algo muy aragonés. Todos los grandes aragoneses presentan o la cara de un hiperclasicismo reflexivo y moralista, o la cruz de un barroquismo lúdico-imaginario de choque. Pero en Sender tenemos la resultante de ambas facies: a un tiempo Argensola y Gracián, Costa y Goya, Alaiz y Samblacat, Cavia y Buñuel. Pienso que estas palabras podrían explicarnos en cierto modo el porqué de esta invención. Invención que, en todo caso, revelaba un agudo conocimiento del joven novelista por el gran maestro del que, como los jóvenes escritores de aquella generación esperanzada y rota en la diáspora del exilio por los cuatro puntos cardinales, estuvo muy cerca. ¿Es su duplicidad, clásica a ratos, hiperbólica a veces, la que determinó el nacimiento de esta historia? El retorno de Sender a sus raíces quizá sirva para aclararnos muchas cosas. ¡Sea para bien! ■ JUAN ANTONIO HORMIGÓN.

Muerte, ¿dónde está tu victoria?

Es sabido que el jurista ilustrado italiano Cesare Beccaria, en el siglo XVIII, argumentó contra la pena de muerte, arguyendo que es inadmisibles en un Estado cuya base es el contrato entre los ciudadanos, dado que nadie puede suscribir contractualmente la necesidad de su propia muerte. Hegel, cuya teoría del Estado es mucho más rigurosa y lúcida que la de cualquier ilustrado, le refuta en un párrafo de sus «Principios de Filosofía del Derecho», diciendo que el Estado no es un puro contrato, sino una exigencia de racionalidad formal de nivel superior a cualquier particularismo; para el Estado, la única forma de honrar al criminal como ser plenamente razonan-